

unó en pos de otro todos los grandes doctores de la Iglesia católica, y á medida de lo que ha dominado en ellos el principio de santidad, vereis que se han manifestado mas celosos en favor de la santa Sede, mas penetrados de sus legítimos derechos, y mas atentos siempre á defenderlos. ¡ Ah! esto nos dice bien que la santa Sede no tiene contra sí mas que el orgullo, y este es sacrificado por la santidad.

Contemplando tranquila y atentamente esta imponente nube de testimonios, cuyos diferentes colores reunidos en un mismo foco producen el *blanco* de la evidencia, no debe sorprender oír á un teólogo francés de los mas distinguidos confesar francamente: « Que no puede » resistir al peso de las autoridades que Belarmino y » otros han juntado para establecer la infalibilidad de la » Iglesia romana, aunque (dice) no es fácil poderlos » combinar con la declaración de 1682, de la cual no le » es permitido separarse<sup>1</sup>. »

<sup>1</sup> Non dissimulandum est, in tanta testimoniorum mole, quæ Bellarminus et alii congerunt, nos recognoscere apostolicæ Sedis, seu romanæ Ecclesiæ certam et infallibilem auctoritatem; at longe difficilius est eam conciliare cum declaratione cleri gallicani, a qua recedere nobis non permittitur. (Tournely, *Tract. de Eccl.*, part. 2, quæst. 5, art. 3). \* ¿Y porqué no? ¿ Los principes son los árbitros y maestros de la doctrina? ¿ Se dijo á los magistrados: Id, y enseñad á todas las gentes las cosas que os he mandado? Estas últimas palabras de Tournely nos recuerdan los pasos de M. Lainé y de M. Corbiere, y de otro ministro despues, para obligar á no separarse de su enseñanza en las universidades y seminarios. ¿ Con cuánta mas gloria pasaría á la posteridad el nombre de Frayssinous, obispo de Hermópolis, si no hubiera usado de su poder ministerial, y tal vez por conservarse en el ministerio, para precisar á la profesion de esta declaración, en cuyo nombre, por testimonio suyo, cuando no era ministro, fué proclamada la deplorable constitucion civil del clero; la Iglesia de Francia trastornada de arriba abajo, y el romano Pontífice perseguido, despojado, aherrojado entre cadenas; á cuya sombra se han puesto siempre todos los hijos rebeldes de la Iglesia, parlamentarios, jansenistas, constitucionales.... y de la que el mismo Bossuet, no pudiendo ya resistir al grito de su conciencia, hubo de decir: *A beat quo liberit?* Se persuade muy mal la verdad violentando los espíritus: *si consilium hoc ex Deo est, le podrán decir con razon los que él llama ultramontanos, non poteri-*

Esto es lo que dirán todos los hombres que se hallen libres de preocupaciones. No hay duda que puede disputarse sobre este punto, como se disputa sobre todo; mas el sentimiento íntimo, la conciencia no puede menos de rendirse al peso y al número de tantas autoridades<sup>1</sup>.

## CAPÍTULO VII.

Testimonios particulares de la Iglesia galicana.

El clero de Francia en su asamblea general de 1626 llamaba al Papa « cabeza visible de la Iglesia universal, » vicario de Dios en la tierra, obispo de los obispos y » de los patriarcas; en una palabra, sucesor de san Pedro, en quien tuvo su principio el apostolado y el epis-

*tit dissolvere illud, ne videamini repugnare Deo*: aunque á tres Pontífices por decontado se ha repugnado ya.

1 A estas pudieran añadirse otra infinidad de testimonios, que pueden verse en diversos autores, como Orsi, *de Auct. R. Pont.*, Zacarias, Antifebronio, Mamachi, *in auct. opusculi*: ¿ *Quid est Papa?* Bolgeni, *el Obispado*, t. 1; pero en ninguno creemos se hallarán reunidos en tan breve espacio con un orden y encaadenamiento tan luminoso como en la obra publicada por el abate Baruel el 1803, *del Papa y sus derechos religiosos, con ocasion del concordato*. Allí se verán 1º los de diez y seis padres de la Iglesia y obispos de los tres primeros siglos; 2º los de diez y nueve concilios generales, desde el de Nicea en 325 hasta el de Trento en 1563; 3º los de los santos padres y doctores desde el primer concilio general hasta el siglo XVI; 4º innumerables de toda la Iglesia Galicana desde san Ireneo, que vivió en el siglo II, hasta nuestros dias (los de los Españoles van comprendidos entre los padres de la Iglesia universal, pues nuestra Iglesia nunca ha querido separarse de su madre); 5º en fin, la confesion de los mas famosos protestantes. ¿ Se habian de engañar todos, menos los galicanos? ¿ Les ha prometido Dios á ellos la infalibilidad, ó á la Iglesia universal? ¿ No habla esta bastantemente por una tradicion tan constante y uniforme? ¿ No estamos en el caso de decir con Melchor Cano, que *quod universa tenet Ecclesia, nec conciliis institutum, sed semper retentum est, non nisi auctoritate apostolica traditum esse credideris?*



» copado, y sobre quien Jesucristo fundó su Iglesia dán-  
» dole las llaves del cielo, con la infalibilidad de la fe,  
» que se ha visto durar inmutablemente en sus sucesores  
» hasta nuestros días<sup>1</sup>. »

A fines del mismo siglo oímos exclamar á Bossuet con los padres de Calcedonia : « Pedro está siempre vivo en » su Silla<sup>2</sup> : » y en seguida : « Apacientad mi grey, y con » ella tambien á los pastores, que respecto de vos serán » ovejas<sup>3</sup>. »

El mismo, en su famoso sermón sobre la unidad, pronuncia decididamente estas palabras : « La Iglesia romana no conoce la herejía : la Iglesia romana es siempre virgen..... Pedro es siempre en sus sucesores el fundamento de los fieles<sup>4</sup>. » Su amigo, el gran defensor de las máximas galicanas, dice tambien resueltamente : « *La Iglesia romana jamás ha errado.....* Esperamos que Dios no permitirá jamás que el error prevalezca en la santa Sede de Roma, como ha sucedido en las otras sillas apostólicas de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalen, porque Dios ha dicho : *Yo he rogado por tí,* » etc.<sup>5</sup> »

El mismo conviene tambien en otra parte que « El » Papa es tan superior nuestro en lo espiritual, como lo » es el rey en lo temporal : » y aun los obispos que acababan de firmar los cuatro artículos de 1682, en una carta circular dirigida á todos sus colegas, concedian al Papa *el poder soberano eclesiástico*<sup>6</sup>.

1 Este texto se halla en muchas partes ; y si no se tienen á mano las *Memorias del clero*, se puede ver en las *Remarques sur le système gallican*, etc., en 8°. Mons, 1803, p. 173 y 174.

2 Bossuet, *Sermon de la Résurrection*, part. 2.

3 Bossuet, *Sermon de la Résurrection*, part. 2. \* En el sermón de la *Unidad de la Iglesia*, siguiendo el pensamiento y aun casi las palabras de san Eucherio de Leon, dice tambien : « A san Pedro » se le ordena que apaciente y gobierne toda la grey, los corderos » y las ovejas, los hijos y las madres, y aun los pastores mismos : » pastores respecto de los pueblos, pero ovejas respecto de Pedro » (nº 13). »

4 Bossuet, *Serm. de la Résurrection*, part. 1.

5 Fleury, *Disc. sobre las libert. de la Iglesia galicana*.

6 *Nuevos opúsc. de Fleury*, París, 1807, en 12, p. 111. — *Correcciones y adiciones á los mismos Opúsculos*, en 12, p. 32 y 33.

Los días terribles y espantosos que acaban de pasar han presentado tambien en Francia un homenaje muy notable á los buenos principios. Se sabe que en 1810 encargó Bonaparte á un consejo eclesiástico respondiéndose á ciertas preguntas de disciplina fundamental, muy delicadas en las circunstancias de aquel tiempo ; y la respuesta de los diputados sobre la cuestión que estamos tratando, fué en extremo terminante : « Un concilio general (decian) no puede celebrarse sin la cabeza de la » Iglesia : de otro modo no representaria la Iglesia universal. Fleury lo dice expresamente<sup>1</sup> : La autoridad » del Papa siempre ha sido necesaria para los concilios » generales<sup>2</sup>. »

Es verdad que por hábito, ó sea cierta rutina francesa, los diputados llegaron á decir durante el curso de la discusión, que *el concilio general es la única autoridad en la Iglesia que sea superior al Papa* ; pero al instante vuelven en sí, y añaden : *Mas podría suceder que el recurso (al concilio) fuese imposible, ya porque el Papa reusase reconocer el concilio general, ya, etc.*<sup>3</sup>

En una palabra, desde la aurora del Cristianismo hasta nuestros días, no se encontrará que haya variado este uso ; y los Papas han sido mirados siempre como los jefes supremos de la Iglesia, y siempre han ejercido en ella sus poderes.

1 *Discurso 4º sobre la historia eclesiást.* ¿ Y qué importa que Fleury lo haya dicho ó no lo haya dicho ? ¡ Ah ! Fleury es un ídolo del Panteón francés. En vano demostrarían mil plumas que no hay historiador menos á propósito para servir de autoridad : muchos franceses no lo creerán. *Fleury lo ha dicho* : basta. \* Véase sobre Fleury el t. 4º de esta *Biblioteca*.

2 Véanse los *Fragmentos relativos á la hist. ecles. de los primeros años del siglo XIX*. París, 1814, in 8º, p. 115. — Yo no examino aquí lo que uno ú otro poder pueda tener que disputar con tal ó tal individuo de esta comision : pero todo hombre de honor debe aplaudir sinceramente la noble y católica intrepidez que dictó estas respuestas.

3 A estos testimonios pudieran añadirse otros muchos de sabios escritores y prelados franceses ; pero no es posible decirlo todo en un libro, y mas cuando se trata de no ser difuso. Sin embargo, recomendamos la lectura de las *Cartas* del último arzobispo de Burdeos, M. d'Aviau, muerto el 1826, reconocido por el Hilario del siglo



## CAPÍTULO VIII.

Testimonio jansenista. Texto de Pascal, y Reflexiones sobre el peso de ciertas autoridades.

Esta serie de autoridades, de las que no presentamos sino una pequeña muestra y ligera indicacion, es sin duda suficientísima para convencer á cualquiera; no obstante, hay aun en ellas acaso algo mas notable, y es ese sentimiento general que resulta de una lectura atenta de la historia eclesiástica. En ella se siente, si nos es permitido explicar así, una cierta *presencia real* del soberano Pontífice en todos los puntos del mundo cristiano. En todas partes se le halla, en todo interviene, todo lo ve, y de todas partes se fijan en él los ojos. Pascal expresó bien este sentimiento cuando decía: « No se » debe juzgar de lo que es el Papa por algunas palabras » sueltas de los padres.... sino por las acciones de la » Iglesia y de los padres, como tambien por los cánones. El Papa es el primero. ¿Qué otro hay á quien todos conozcan? ¿qué otro hay reconocido de todos » como que tenga poder de influir en todo el cuerpo, » como el tronco influye en todas las ramas<sup>1</sup>? »

Con mucha razon añade Pascal: *¡Regla importante!*<sup>2</sup> Pues seguramente nada es mas importante que juzgar no por uno ú otro hecho aislado ó ambiguo, sino por el conjunto de ellos: no por tal ó por tal frase, escapada á uno ú otro escritor, sino por el conjunto y el espíritu general de sus obras.

Es necesario además no perder de vista aquella gran regla, demasiado descuidada cuando se trata de este asunto, aunque sea en verdad regla de todos los tiempos

y entre ellas particularmente las dirigidas á M. de Frayssinous y á M. Duclós, general de la congregacion de San Sulpicio.

<sup>1</sup> *Peis. de Pascal*, París, 1803, en 8º, t. 2, part. 2, núm. 92 y 94, p. 228.

<sup>2</sup> *Ibid.*, núm. 93.

y lugares, á saber: « que el testimonio de un hombre, » por grande que sea su mérito, no debe ser recibido » cuando tiene contra sí la sospecha de que procede » llevado de alguna pasion capaz de engañarle. » Las leyes inhihen ó recusan á un juez, ó un testigo que se hace sospechoso, por esta razon, y aun por la simple consideracion de parentesco; y esta sóspecha legal no deshonra al mayor personaje, ni al carácter mas universalmente venerado: pues á ningun hombre, cualquiera que sea, se le deshonra cuando se le dice *que es hombre*.

Así pues, cuando Pascal defiende su secta contra el Papa, no debe hacerse caso de lo que dice; pero es menester escucharle cuando tributa á la supremacía del Papa el testimonio que acaba de leerse.

Que un corto número de obispos designados, estimulados ó aterrados por la autoridad, se permitan decidir sobre los límites de la soberanía que tiene derecho de juzgarles, es una desgracia y nada mas: á la verdad no se sabe lo que son. Mas cuando algunos personajes del mismo orden, legítimamente congregados, pronuncian con calma y libertad una decision, como la que hemos visto al principio del capítulo anterior, sobre los derechos y la autoridad de la santa Sede<sup>1</sup>, entonces se oye verdaderamente la voz del célebre cuerpo, del cual se dicen representantes: *él es verdaderamente quien habla*; y si algunos años despues otros obispos fulminan actos contra lo que ellos llaman justamente *las servidumbres de la Iglesia galicana*, al mismo ilustre cuerpo es á quien se oye, y al que debe creerse<sup>2</sup>.

Cuando san Cipriano, hablando de algunos genios inquietos de su tiempo, dice: « Ellos se atreven á dirigirse » á la Cátedra de san Pedro, á esta Iglesia suprema » donde tuvo su origen la dignidad sacerdotal.... ignoran que el error ó la perfidia no puede tener acceso en » los Romanos<sup>3</sup>; » verdaderamente es san Cipriano quien

<sup>1</sup> Véase la última nota del cap. anterior.

<sup>2</sup> *Servitutes potius quam libertates*. Véase el t. 3 de la *Collec. des procès verb. du clergé*, piez justifie., núm. 1.

<sup>3</sup> *Navigare audent ad Petri Cathedram atque ad Ecclesiam prin-*



habla, y es un testigo irrecusable de la fe de su siglo. Pero cuando los adversarios de la monarquía pontifical nos citan, *usque ad nauseam*, las vivacidades de este mismo san Cipriano con el Papa san Esteban, ciertamente nos pintan la pobre humanidad en lugar de describirnos la santa tradición. Esta es precisamente la historia de Bossuet. ¿Quién ha conocido mejor que él los derechos de la Iglesia romana, ni ha hablado de ellos con mas verdad y elocuencia? Sin embargo este mismo Bossuet, acalorado por una pasión que no veía en el fondo de su corazón, no temió escribir al Papa con la pluma de Luis XIV: « Que si su Santidad prolongaba » aquel negocio por medio de contemplaciones que no se » comprendian, el rey sabría lo que debía hacer; y que » esperaba que el Papa no daría lugar á reducirle á tan » desagradables extremidades <sup>1</sup>. »

San Agustín, conviniendo francamente en las faltas de san Cipriano, espera que el *martirio de este insigne santo las habria expiado todas* <sup>2</sup>. Esperamos, y aun creemos, que una larga vida consagrada enteramente al servicio de la Religión, y tantas insignes obras, que no han ilustrado menos la Iglesia que la Francia, habrán hecho desaparecer algunas faltas, ó si se quiere, algunos movimientos involuntarios, *quos humana parum cavit natura*.

Mas nunca olvidemos la advertencia de Pascal de no hacer mucho mérito de *algunas palabras sueltas de los Padres*, y mucho menos de otras autoridades, que no valen tanto como las palabras fugitivas de los Padres. Considerando tranquilamente *sus acciones y los cánones* <sup>3</sup>, y ateniéndonos siempre al conjunto de las autoridades, y descartando, como es justo, aquellas que las circunstancias hacen nulas ó sospechosas, creemos que todo hombre, de un espíritu recto, sentirá la fuerza de mi última observación.

*cipalem unde dignitas sacerdotialis orta est..... nec cogitare eos esse Romanos ad quos perfidia habere non possit accessum. S. Cyp. epist. 55.*

<sup>1</sup> Hist. de Bossuet, t. 3, lib. 10, núm. 18, p. 331.

<sup>2</sup> *Martyrii falce purgatum*. Es un texto vulgar.

<sup>3</sup> Pascal, ubi supra.

## CAPÍTULO IX.

Testimonios de los Protestantes.

Es necesario que la monarquía católica sea muy cierta, y muy evidentes las ventajas que de ella resultan, cuando los protestantes mismos dan tantos testimonios así á la evidencia, como á la excelencia de este sistema, que de ellos podrian formarse libros: mas sobre este punto, así como sobre el de las autoridades católicas, debo reducirme infinito; diré algo.

Principiemos, como es de toda justicia, por Lutero, el cual dejó caer de su pluma estas memorables palabras: « Doy gracias á Jesucristo por haber conservado » sobre la tierra una Iglesia única por un gran milagro..... » de manera que jamás se ha desviado de la verdadera » fe por ningun decreto <sup>1</sup>. »

<sup>1</sup> Lutero, citado en la *Hist. de las Variaciones*, lib. 1, núm. 21. \* « Pues que entraba en los designios de Dios, dice también en otra parte (*De loc. commun. dat.*; l. 137), establecer una Iglesia » católica extendida en toda la tierra, era de necesidad que escogiese un pueblo, y en este pueblo un padre ó jefe, al cual, y á sus » sucesores, se dirigiese todo el resto del mundo, á fin de no hacer » mas que un solo rebaño; y de que á pesar de la multitud de naciones, y de la infinita variedad de sus costumbres, la Iglesia conservase su unidad. » Y en su apelacion al concilio futuro, es decir, según él, *del Papa mal informado al Papa mejor informado*, se expresaba así: « No es mi intento decir la cosa mas minima contra » la santa Iglesia católica y apostólica, que miro como la señora y » maestra del mundo, y como revestida del primado, ni contra la » autoridad de la santa Silla apostólica, y el poder de nuestro santo » Padre, porque el que representa á Dios sobre la tierra, y llamamos Papa, es el vicario de Jesucristo. » Pudieran citarse otros muchos testimonios suyos, tomados del tratado *de Missa privata*; de la *Epístola á Leon X*, etc.; mas bastan estos: solo queremos recordar á los fieles, que cuando luego se juntó el concilio que pedían, Lutero y sus secuaces no quisieron reconocerle; y desecharon al Papa bien informado, como antes al Papa que decían mal informado. Aviso á los que aparentan ese celo amargo sobre la reforma



« En la Iglesia, dice Melancton, se necesitan inspectores<sup>1</sup> para conservar el orden, observar atentamente á los que son llamados al ministerio eclesiástico, y velar sobre la doctrina de los sacerdotes, y para ejercer los juicios eclesiásticos: de modo que si no hubiese tales obispos, sería menester crearlos. La monarquía del Papa serviría también mucho para conservar entre diferentes naciones la uniformidad en la doctrina<sup>2</sup>. »

Á esto sigue Calvino. « Dios, dice, ha colocado el trono de su Religión en el centro del mundo, y en él ha puesto un Pontífice único, hácia el cual todos deben volver los ojos para mantenerse mas fuertemente en la unidad<sup>3</sup>. »

El docto, el prudente, el morigerado Grocio declara sin rodeos que « sin el primado del Papa no habria absolutamente medio de terminar las disputas y de fijar la fe<sup>4</sup>. »

de la Iglesia, sutilizando sobre la extension y ejercicio de la autoridad del romano Pontífice, no concediéndole sino lo que les agrada, y negándole lo que no les acomoda. ¿No obedecen al Papa? ¿desestiman sus decisiones? igualmente desestimarían las de los concilios. (Barruel, *du Pape*, 2, 339.)

<sup>1</sup> Es decir, obispos; pues este es el significado propio de esta voz *episcopos*, *inspectores*.

<sup>2</sup> Melancton se explica de un modo admirable cuando dice: *La Monarquía del Papa*, etc. (Bossuet, *Hist. de las variaciones*, lib. 5, § 24.)

<sup>3</sup> *Cultus sui Sedem in medio terræ collocavit, illi unum antistitem præfecit, quem omnes respicerent, quo melius in unitate continerentur.* (Calv., *Inst.*, 6, § 11.) No tengo dificultad en considerar en esta parte con Calvino á Roma como el centro de la tierra; pues creo que aquella gran ciudad tiene tanto derecho como la de Delfos para llamarse *umbilicus terræ*.

<sup>4</sup> *Sine tali primatu exire a controversiis non poterat, sicut hodie apud protestantes, etc.* (Crot., *Votum pro pace Eccles.*, art., 7, *Oper.*, t. 4, Bal., 1731, p. 658. — Una dama protestante ha comentado este texto con mucha agudeza y juicio así: « El derecho de examinar lo que debe creerse, es el principio fundamental del Prottestantismo. Los primeros reformadores no lo entendían así. Creían poder fijar las columnas de Hércules del espíritu humano, en los términos de sus propias luces; mas no tenían motivo alguno para

Casaubon no tiene dificultad en confesar que « á los ojos de todo hombre versado en la historia eclesiástica, el Papa es el instrumento de que Dios se ha servido para conservar el depósito de la fe en toda su integridad, durante tantos siglos<sup>1</sup>. »

Segun la observacion de Puffendorf, « no se puede dudar que el gobierno de la Iglesia es monárquico, y necesariamente monárquico; porque la democracia y la aristocracia se encuentran excluidas de él por la misma naturaleza de las cosas, como absolutamente insuficientes para mantener el orden y la unidad en medio de la agitacion de los espíritus, y del furor de los partidos<sup>2</sup>. » Y añade con muchísimo juicio: « La supresion de la autoridad del Papa ha sembrado en el mundo infinitas semillas de discordia; pues no habiendo ya ninguna autoridad soberana para terminar las disputas que se suscitaban en todas partes, se ha visto á los protestantes dividirse entre sí mismos, y con sus propias manos despedazarse las entrañas<sup>3</sup>. »

Lo que dice de los concilios no es menos razonable: « Decir que el concilio sea superior al Papa, es una proposicion que debe llevar naturalmente tras sí el asentimiento de los que se atienden solo á la razon y á la Escritura<sup>4</sup>; pero que los que miran á la Silla de Roma como el centro de todas las Iglesias, y al Papa como el obispo ecuménico, adopten también este mismo sistema, es un absurdo: porque la proposicion que pone al concilio superior al Papa establece una verdadera aristocracia; y la Iglesia romana es una monarquía<sup>5</sup>. »

« esperar que sus decisiones serian recibidas como infalibles, cuando ellos negaban este género de autoridad á la Religion católica. » (*De l'Allemagne*, par Mad. de Staël, 4<sup>e</sup> partie, chap. 2, in-12, p. 13.)

<sup>1</sup> *Nemo peritus rerum Ecclesiæ ignorat opera rom. Pont., per multa sæcula Deum esse usum in conservanda.... fidei doctrina.* (Casaub., *Exer.*, 15, in *Annal. Bar.*)

<sup>2</sup> Puffendorf, *De Monarch. Pont. rom.*

<sup>3</sup> *Furere protestantes in sua ipsorum viscera cæperunt.* (*Ibid.*)

<sup>4</sup> Por estas palabras designa Puffendorf á los protestantes.

<sup>5</sup> ..... *Id quidem non parum absurditatis habet, quum status Ecclesiæ monarchicus sit.* (Puffend., *De habitu Relig. christ. ad vitam civilem*, § 38.)



Examinando Mosheim el decantado sofisma de los jansenistas de *que el papa es superior á cada Iglesia en particular, mas no á todas las Iglesias reunidas*, se olvida de su fanatismo anticatólico, y siguiendo las reglas de una exacta lógica, les responde irónicamente: «Con igual razon se podría sostener que la cabeza preside á cada miembro en particular, mas no á todo el cuerpo que es el conjunto de todos estos miembros; ó bien, que un rey manda verdaderamente á las ciudades, villas y aldeas que componen una provincia, mas no á la provincia misma<sup>1</sup>.»

Un doctor inglés hizo á su misma Iglesia este argumento tan sencillo y fuerte, que se ha hecho célebre. Decia pues: «Si la supremacía de un arzobispo (el de Cantorbery) es necesaria para mantener la unidad de la Iglesia anglicana, ¿porqué la supremacía del soberano Pontífice no lo será tambien para mantener la unidad de la Iglesia universal<sup>2</sup>?»

No menos notable es la confesion del ingenuo Seckenberg<sup>3</sup> acerca de la administracion de los Papas: «No hay un solo ejemplo en toda la historia de que un sumo Pontífice haya perseguido á los que, conteniéndose en sus derechos legítimos, no hayan intentado excederse de ellos<sup>4</sup>.»

1 Id tam mihi scitum videtur, ac si quis affirmaret membra quidem a capite regi, etc. (Mosheim, t. 1 *Diss. ad hist. eccles. pertin.*, p. 512.)

2 Si necessarium est ad unitatem in Ecclesia (Anglia) tuendam unum archiepiscopum aliis præesse; cur non pari ratione totæ Ecclesiæ Dei unus præerit archiepiscopus? (Cartwright, in *Defens. Wirgisti*.)

3 Célebre jurisconsulto alemán, muy adicto á la religion protestante.

4 Jure affirmari poterit ne exemplum quidem esse in omni rerum memoriâ ubi Pontifex processerit adversus eos qui, juribus suis intenti, ultra limites vagari in animum non induxerant suum. (Henr. Christ. Seckenberg, *Method.*, addit. 4. *De libert. Eccles. Germ.*, § 3.) \* Y en otro lugar: «Es necesario que haya y reine orden en la Iglesia cristiana, y por lo mismo que ella tenga una cabeza ó jefe para mantener este orden. Y nadie es mas propio para esto que el Vicario de Jesuérsto, quien por una sucesion no interrumpida representa á san Pedro.»

Seria muy fácil multiplicar estos testimonios; pero es menester abreviar; sin embargo, añadiré uno que no es tan conocido como merece serlo, y que puede servir por otros muchos. Un ministro del *santo Evangelio*<sup>1</sup> es el que va á hablar, y aunque no tengo derecho á nombrarle, porque ha juzgado conveniente no dar su nombre, sé muy bien de quién hablo, y á quién he de dirigir esta prueba de mi estimacion.

«No puedo menos de confesar, dice, que la primera mano profana que se extendió al incensario, fué conducida por Lutero y Calvino, cuando, bajo el nombre de *protestantismo* y de *reforma*, introdujeron un cisma en la Iglesia: cisma fatal que no ha sabido hacer, sino por una excision absoluta, las modificaciones que Erasmo hubiera introducido de una manera mas suave, por medio del ridículo que sabia manejar tan diestramente. Si, los reformadores son los que, tocando alarma contra el Papa y contra Roma, han dado el primer golpe al coloso antiguo y respetable de la jerarquía romana, é inclinando los espíritus de los hombres á la discusion de los dogmas religiosos, los han preparado para discutir los principios de la soberanía, y socabado con la misma mano el trono y el altar...»

«Llegado es ya el tiempo de volver á reparar este soberbio palacio, destruido con tanto estruendo.... Acaso llegó ya el momento de hacer volver al seno de la Iglesia á los Griegos, á los luteranos, á los anglicanos y los calvinistas.... A vos os toca, Pontífice romano.... mostraros el Padre de los fieles volviendo al culto su pompa, y á la Iglesia su unidad<sup>2</sup>. A vos os toca, sucesor de san Pedro, restablecer la Religion y las costumbres en la Europa incrédula.... Los mismos Ingleses, que fueron los primeros en sustraerse de vuestro im-

1 Entiende en estas palabras un ministro ó predicante luterano, pues este es el nombre con que ellos quisieron distinguirse. Lo advertimos porque los sencillos no lleguen á creer que es un católico. En gracia de ellos, lo hemos dicho otra vez, explicamos á veces cosas sumamente triviales. Nos lo han rogado algunos, y particularmente somos deudores á estos; que los sabios no necesitan de nuestra inutilidad.

2 Siempre la misma confesion: *Sin él no hay unidad.*



» perio, son hoy vuestros mas celosos defensores; y ese  
 » patriarca, que en Moscou era vuestro rival en poder,  
 » no está acaso muy distante de reconocerlos<sup>1</sup>. . . . Apro-  
 » vechad pues, ó santo Padre, el momento y las disposi-  
 » ciones favorables: *El poder temporal se os desvanece:*  
 » volved á tomar el espiritual; y *haciendo sobre el dogma*  
 » *los sacrificios que las circunstancias exigen*, uníos á los  
 » sabios cuya pluma y cuya voz mandan á las naciones.  
 » Dad á la Europa incrédula una Religion *simple*<sup>2</sup>, pero  
 » uniforme; y sobre todo, una moral purificada, y sereis  
 » proclamado digno sucesor de los Apóstoles<sup>3</sup>. »

No nos paremos en estos antiguos restos de preocupaciones, que son tan difíciles de arrancar aun de las cabezas mas sanas cuando una vez han llegado á echar raíces. Pasemos por *este poder temporal que se le desvanece al sumo Pontífice*, como si nunca hubiera debido restablecerse. No hagamos alto de ese consejo de *volver á tomar el poder espiritual*, como si jamás él se hubiese suspendido; ni sobre el otro aun mas extraordinario de *hacer sobre el dogma los sacrificios que las circunstancias exigen*, que es decir puramente en otros términos, *que nos hagamos todos protestantes, para que no los haya*. Pero en lo demás, ¡qué prudencia! ¡qué lógica! ¡qué confesiones tan sinceras y preciosas! ¡qué esfuerzo tan admirable sobre las preocupaciones nacionales! Al leer este trozo se ofrece á la memoria aquella antigua máxi-

1 El autor podia tener algunas fundadas esperanzas acerca de los Ingleses, que en efecto, segun todas las apariencias, deben ser los primeros en volver á la unidad: mas se equivoca mucho respecto de los Griegos, que están mucho mas apartados de la verdad que los Ingleses. Por otra parte, ya hace un siglo que no hay patriarca en Moscou. En fin, el arzobispo ó metropolitano que ocupaba la Silla de Moscou en 1797 era, sin contradiccion alguna, entre todos los Obispos que han llevado la mitra rebelde, el menos dispuesto á volverla al círculo de la unidad.

2 ¡Cuánto hubiera deseado que el estimable autor hubiese explicado en una nota qué entendia por una Religion *simple*! Si acaso era una Religion *corregida y disminuida*, podia estar seguro que el Papa no admitiria esta idea.

3 *De la necesidad de un culto público*. L. . . ., 1797, en 8º (conclusion).

ma: *Del enemigo el consejo*; si es que puede llamarse *enemigo* quien con una conciencia ilustrada se aproxima tanto á nosotros.

Terminaremos este capítulo con dos testimonios importantes, tomados acaso de los mas sabios y respetables escritores que ha producido el protestantismo. Muller y Bonnet son los que van á hablar; escuchémoslos.

El primero escribia en 3 de abril de 1782 al segundo en estos términos: « El imperio romano pereció como el mundo antediluviano, cuando su masa impura se hizo indigna de la proteccion divina; pero el Padre eterno, no queriendo abandonar el mundo á la triste suerte que al parecer le esperaba, habia sembrado de antemano una semilla que debia fructificar. Cuando la gran catástrofe, los bárbaros pudieron destruirlo; y mil años de tinieblas podian bien apagar las luces de la vida. Mas estos mil años eran necesarios, porque nada en el mundo se hace súbitamente: era preciso educar á los bárbaros, nuestros padres; hacerles pasar por entre mil errores antes que la verdad pudiese manifestarseles en toda su hermosura y sencillez, sin deslumbrarlos. ¿Y qué sucedió? que *Dios les dió un tutor*, y *este fué el Papa*, cuyo imperio, como que se apoyaba solamente en la opinion, debió afirmar y extender las grandes verdades, *de que su ambicion creia servirse*, cuando *Dios era el que se servia de su ambicion*. ¿Qué hubiera sido de nosotros sin el Papa? Lo que ha sido de los Turcos, que no habiendo adoptado la Religion bizantina<sup>1</sup>, ni sometido su sultan al sucesor del Cristo, han quedado estancados en su barbarie. »

Bonnet le respondió el 11 de octubre del mismo año: « Puedo aseguraros que vuestro modo de contemplar el Imperio papal es puntualmente el mismo que yo he adoptado en mi plan: yo le presento como un árbol muy grande, á cuya sombra se conservaba la verdad, para llegar un dia á ser un árbol mucho mayor, que haria secar al otro que no debe durar mas que un

1 Es decir, la Religion cristiana, que era la de Constantinopla (antiguamente *Bizancio*), al tiempo de la conquista por los Turcos.



» tiempo, y un tiempo, y la mitad de un tiempo<sup>1</sup>. »

Seria muy fácil multiplicar estos testimonios; pero es necesario abreviar, y pasar rápidamente á presentar otros de otra clase<sup>2</sup>.

1 *Joh. von Müller sämtliche Werke*; parte 15<sup>a</sup>, en 8<sup>o</sup>, Tübingen 1812, p. 336, 342 y 43. \* En estas últimas palabras hace alusión á aquellas del Apocalipsi: *per tempus, et tempus, et dimidium temporis*. \* Por divertir la curiosidad del lector he querido presentar las ideas apocalípticas del ilustre Bonnet, que miraba el estado actual del Catolicismo como el tránsito para otro orden de cosas infinitamente superior, y que no tardaría en verificarse. Estas ideas que bullen hoy en muchas cabezas (de protestantes y sus fanáticos sectarios, se entiende que no tienen mas regla que la llamada *inspiración interior*) pertenecen á la historia del espíritu humano. \* Véase lo dicho en el tomo 4<sup>o</sup> de la Biblioteca sobre los entusiastas protestantes, Carta 6<sup>a</sup>.

2 Nosotros también lo deseamos; sin embargo, permítasenos añadir uno de los mas notables, y acaso mas elocuentes, que nos suministra el célebre Haller, testimonio que nos hará reconocer hay circunstancias en que las piedras hablan para defender á la Iglesia y á su jefe. ¿Se escapa, dice este hombre á todas luces sabio, se desliza á los malos católicos un error ó una inconsecuencia? Al punto es refutada por los protestantes. En aquella época desgraciada en que los iluminados de Alemania disponian, como se sabe, de los ministerios de los reyes, y no viendo en ellos mas que unos instrumentos de su doctrina, habían ganado al emperador José II, y suscitado á la Iglesia una persecucion que el venerable Pontífice Pio VI procuró atajar haciendo su viaje á Viena, un austriaco llamado Eybel escribió un folleto intitulado: *¿Quién es el Papa?* donde lo trataba descaradamente de simple obispo, dando ya á conocer por el hecho como trataria bien pronto á los obispos mismos. Entonces el protestante Juan Müller, historiador de la Suiza, republicano de ideas y de nacimiento, pero indignado de la injusticia, publicó un librito con el título de: *Los viajes de los Papas*, en el cual se expresa asi acerca de Eybel: « Se dice que el Papa es un obispo; en efecto, del mismo modo que Maria Teresa (*la emperatriz*) es la condesa de Habsbourg, y Federico II (*de Prusia*), conde de Tollern. » Se sabe que un Papa coronó á Carlo Magno, é hizo de él el primer emperador. ¿Pero quién es el que hizo el primer Papa? Sí, el Papa es un obispo; pero es además el Padre santo, el sumo Pontífice, el gran Califa ó Doctor (como le llamaba Abuledaf, príncipe de Hamath) de todos los reinos y principados, de todos los señoríos, y de todas las ciudades, en las regiones de Occidente, y que doméstico y suavizó por la Religión la aspereza genial y feroz

## CAPÍTULO X.

*Testimonios de la Iglesia rusa, y por ella los de la Iglesia griega disidente.*

No podrán tampoco leerse sin un grande interés los testimonios luminosos, y tanto mas apreciables cuanto menos conocidos, que nos da la Iglesia rusa contra sí misma, sobre la importante cuestion de la Supremacía del Papa. Sus libros rituales nos ofrecen sobre este punto confesiones tan claras, tan expresas y terminantes, que no es fácil comprender cómo es posible pronunciarlas sin someterse á ella<sup>1</sup>. No debe causar admiracion que estos libros no hayan sido hasta ahora citados: porque siendo embarazosos por su tamaño y grueso volumen, estando escritos por otra parte en esclavon, lengua muy rica y bella sí, pero tan extraña como el *Sanscrit* á nuestra vista y oído, impresos además en pésimos caracteres, sepultados en las iglesias, y manejados solamente por hombres desconocidos en el mundo, no es de maravillar que hasta ahora no se haya cavado esta mina; pero ya es tiempo de explotarla.

La Iglesia rusa canta y consiente que se cante el siguiente himno: « ¡Oh san Pedro, príncipe de los apóstoles! primado apóstolico, piedra inamovible de la fe,

» juventud de nuestros Estados. Lejos de ser temible, poderoso solo por sus bendiciones, es venerado y respetado en el corazon de millones de personas; es grande como los potentados que honran al pueblo, es el poseedor de una autoridad ante la cual han pasado por el espacio de diez y siete siglos, desde la casa de César hasta la dinastia de Habsbourg, numerosas naciones, y todos sus héroes, y aun han desaparecido: *este es el Papa.* » (*Mémorial catholique*, julio de 1826.)

1 Se sabe que hace algun tiempo se hallan en el comercio tanto de Moscu como de Petersburgo algunos ejemplares de estos libros, mutilados en los lugares mas notables: mas en ninguna parte son tan legibles estos textos decisivos como en los ejemplares de que han sido arrancados. \* Sino, no lo hubieran sido.